

entusiasta de los poetas y artistas. Y aquí se vé que ciertos extremos intelectuales, con ser por demás distintos, son completamente iguales en sus efectos contra Dios.

¿Qué diferencia hay entre una imaginación desenfundada y un desarreglo mental? ¿Dónde acaba el delirio de la inspiración? ¿Dónde comienza el de la locura? Ciertamente que la razón universal no se equivocará jamás sobre este punto de demarcación; pero tampoco debe pasar desapercibido que de esto, mejor aún que de otras muchas cosas, puede decirse que los extremos se tocan. Los materialistas han definido el gó-nio, una neurósis cerebral. ¿No hay acaso incredulidades provenientes de la misma afección?

No cabe dudar que el gó-nio será siempre lo sublime del buen sentido; sin embargo, en algunas artes de imaginación, parece excluirlo. Mos debe sorprender por ejemplo, que autores acostumbrados á crear ficciones, á nutrirse de ellas, á venderlas á alto precio, en una palabra, á jugar incesantemente con lo falso, concluyan por mirar con repugnancia la verdad esencial? Nada más antipático á la inmutabilidad del dogma que la versatilidad de la fantasía.

El capricho de la musa, para los hombres dotados de imaginación ardiente, es la primera ra-

CAPITULO VI.

EXCESO DE IMAGINACION Y DEFECTO DE RAZON, NUEVO MOTIVO DE DESEI- QUILIBRIO PELIGROSO PARA LA FE.

El presente capítulo constituye el reverso del que precede.

Así como el raciocinio llevado al extremo, cuando no está contenido por este discernimiento exquisito que nace del corazón, es perjudicial á la fé: de la propia suerte el exceso de imaginación, cuando no se halla regulada por el buen sentido, conduce al mismo resultado. Lo primero constituye la fría incredulidad de las almas empedernidas; lo segundo la incredulidad

zón de su incredulidad. Para ellos lo importante no es la verdad absoluta, sino la verdad del color: no enseñan, pintan. El pro y el contra tienen para ellos los mismos atractivos, con tal que puedan de ellos obtener idénticos brillantes efectos, y si la blasfemia no tiene para ellos encantos, consiste únicamente en que representa la originalidad en materia de creencias.

«Cada pasión al pasar por mi alma
deja una armonía dulce y sonora.»

Tal es la regla, ó más bien el desarreglo negligente á que se atemperan. Desgraciado pues de aquel que les escucha como oráculos, cuando no son más que débiles ecos! Cierto que hoy cantan la impiedad; mas esperémos, los vientos cambiarán, y á su impulso la lira dejará oír sonos piadosísimos.

Además del capricho de la imaginación, suelen extraviar también al géneo los accesos de la impresionabilidad. La sensibilidad normal puede ser un guía para el espíritu, porque es una delicadeza de la razón; pero la sensibilidad enfermiza oprime la inteligencia, y la hace zozobrar en vez de perfeccionarla. En semejante situación el corazón humano, según la expresión de la Escritura, padece una extraña fantasmá-

goría; *cor tuum phantasias patitur* (1) Conmovido hasta sus pliegues más íntimos, devora incomprendibles melancolías, lanza al cielo anatemas desprovistos de sentido común, y forma incredúlos por desencanto. Byron, J. J. Rousseau son las representaciones genuinas de estos géneos no comprendidos; que tocando á lo sublime por uno de sus extremos, caen por el opuesto en lo absurdo y blasfeman, más bien que por haber penetrado los enigmas del mundo, por pasar por él sin saber siquiera lo que pretenden.

Comprendo que el tormento del talento dominado por la imaginación, pueda causar una noble inquietud, cuando proviene de la paciente investigación del ideal, y de una aspiración ardiente hácia lo infinito; hay más aun, consideraos bajo este punto de vista, el artista y el poeta, tienen algo de fatídico, si no queremos decir de divino. Si, cuando se apoderan de los generosos impulsos de la humanidad para conducirlos á Dios, término de todo reposo, la alivian del peso de su llanto interminable y elevándola se elevan; mas cuando no saben verter en el seno del infinito el sobrante de sus emo-

(1) Escll, 24 6

ciones, este licor que fermenta dentro de un vaso sin salida, acaba por hacer estallar el vaso que le contiene, no siendo extraño que el hombre inspirado, desde el trípode en que se hallaba establecido, vaya á parar á la celda de un manicomio. De aquí nace la opinion vulgar que considera el génio artístico como una especie de estacion intermedia entre el buen sentido y la locura, y desde la cual más fácilmente puede llegarse á esta que volver á aquel. Es extraordinario el catálogo de nombres que se colocan debajo de la pluma para confirmar la opinion popular, nombres que citaria, si el respeto debido á tales desventuras no aconsejara la discrecion.

Es indudable que Childe-Harold, Werther, René, Joselin, Rolla, y tantos otros tipos del mismo género como podriamos citar, personifican la humanidad bajo uno de sus más interesantes aspectos; mas tambien es preciso reconocer que esos grandes infortunios, más bien que excitar piedad en el corazon, proporcionan cansancio y fatiga á la conciencia. Desde luego el carazon, al fijarse en ellos, experimenta el efecto producido por esos niños llorones, que vierten lágrimas para proporcionarse el placer de que se les contemple: despues de esto la conciencia se asusta al considerar que se hallen en

una situacion tirante y comprometida, puesto que no les ofrece más salida que la desesperacion, si se empeñan en no creer.

Por punto general los poetas prefieren lo primero á lo segundo por juzgarlo más bello; pero lo peor es que hay almas ingénuas que creyendoles de buena fé, experimentan al par de ellos esa atraccion vertiginosa.

Y sin embargo, ¿en qué consiste el valor lógico de esas líricas extravagancias? ¿No deponen más bien contra la razon de los poetas, que contra la verdad de la fé?

Resumamos los dos capítulos, deduciendo de ellos la moralidad que encierran. ¿En qué consiste que ciertos espíritus razonadores y consagrados á las abstracciones, sean hostiles á la religion? En que piensan sin corazon. Recuerdo á propósito de esto un testimonio de Rousseau que podriamos agregar á tantos otros. «Razonar constantemente, dice, es la máxima de los espíritus mezquinos. . . . Un corazon recto es el primer órgano de la verdad».

En cambio, ¿por qué razon ciertas organizaciones artísticas ofrecen á la religion idéntica resistencia? Porque su imaginacion y su razon en vez de formar un todo armónico, constituyen un

conjunto desproporcionado, en el cual gobierna la imaginación.

¿Siguese de estas premisas que el hombre corre peligro de condenarse, por haber tenido sobra de imaginación, ó falta de sentimiento? No; puesto que no tiene más obligación que buscar por guías en materia de fé, maestros que no carezcan ni de corazon ni de razon: además y principalmente está obligado á vigilarse á sí mismo, á fin de no perder cosa alguna ni de su corazon ni de su razon, puesto que éstos son los dos ojos por cuyo medio penetra en el mundo sobrenatural, y con el auxilio de ambos, ve mucho mejor, que con el de uno solo.

que se ve en la naturaleza, y en la historia.

(1) La ciencia nos enseña que los medios reaccionan sobre los cuerpos con los cuales se hallan en contacto. Ahora bien, como los espíritus son por su naturaleza más impresionables que los cuerpos, deben experimentar con más fuerza esa acción sutil. Y efectivamente, nuestra inteligencia, á la manera de esponja, se empapa en las corrientes en que está sumergida, hasta tal punto, que muchos hombres que se jactan de ser

CAPITULO VI.

INFLUENCIA DE LOS MEDIOS SOBRE EL ESPIRITU, CON RELACION A LA FÉ.

La ciencia nos enseña que los medios reaccionan sobre los cuerpos con los cuales se hallan en contacto. Ahora bien, como los espíritus son por su naturaleza más impresionables que los cuerpos, deben experimentar con más fuerza esa acción sutil. Y efectivamente, nuestra inteligencia, á la manera de esponja, se empapa en las corrientes en que está sumergida, hasta tal punto, que muchos hombres que se jactan de ser

autores de su incredulidad, no son otra cosa que meros recipientes más ó ménos pasivos (1).

Segun otra otra ley física, la luz es más ó ménos refractada, segun la diferencia de los medios que atraviesa. Pues bien, la luz intelectual, en su modo de transmision, hállase tambien subordinada á la potencia más ó ménos refringente de la atmósfera que la rodea.

Quando examino cuales son los medios insalubres dentro de los cuales puede la fé contraer semejante enfermedad, descubro cuatro principales, residentes en la familia, en la escuela, en el club ó en el salon, y en la sociedad en general. La accion de tales focos insinúa en las ideas una especie de savia corruptora: la incredulidad aspirada por medio de esta absorción lenta, hácese en cierta manera orgánica hasta tal punto, que para curar de ella son verdaderos milagros de gracia y de trabajo. Del hombre intelectual, puede principalmente decirse, que cae hacia el lado donde se inclina.

Una idea nos ocurre al emprender el estudio de la influencia ejercida por estos medios sobre las convicciones religiosas: nos resistimos al de-

(1) Tomo I, cap. 2.º

ma de la Iglesia, es decir, á la idea de vernos censurados y enseñados, sin apelacion, por una autoridad superior, y desnaturalizamos esta creencia, forjandonos falsas Iglesias, cuando renunciamos á la verdadera. Tal existe, que se juzgaria humillado inclinándose ánte la decision de la sociedad católica, y que sin embargo, jura por la dictada por las asambleas ménos infalibles. Entre esos oráculos de mera convencion, el primero que se ofrece al hombre es la familia.

No hay un solo hombre que en lo moral, más aún que en lo físico, no llevé impreso el sello de la familia. La familia no forma nuestras convicciones por medio de argumentos, sino con su amor y sus palabras, como hace Dios, resultando de aquí que su accion se ejerce de una manera misteriosa, que recuerda la de la gracia: Podria decirse que viene á ser una especie de inoculacion que se extiende en la sangre del niño y que brota en las ideas del hombre maduro, con la energía latente y fatal de las disposiciones nativas. Por esto, así como existe la fé infundida por el bautismo, hay tambien la incredulidad infundida por la educacion, y si los dos fenómenos difieren en cuanto á la causa, en cambio son muy análogos por lo que mira á sus efectos. No debe, pues, sorprendernos la existencia

de espíritus de tan difícil enderezamiento, como lo son ciertos miembros del cuerpo que tienen un vicio de conformación. Lo que desde este punto de vista hace una madre, es tan indestructible, que la Iglesia con todas sus fuerzas y á pesar de ser también madre, no puede alcanzarlo: de manera, que tratando con esta potencia de igual á igual, y aún dejándose vencer por ella, no debe hacerse un cargo á Dios por esta derrota, teniendo en cuenta que cuanta mayor libertad nos concede, más honra dispensa á nuestro mérito y á su liberalidad.

De qué manera se realizó la conversión de San Agustín? Algo influyó, indudablemente, la larga peregrinación realizada en el mundo de las falsedades; pero lo que contribuyó principalmente, fué la influencia de aquella madre tierna, á quien predijo San Ambrosio, que no perecería el hijo que tantas lágrimas había causado. Un poco, por la inclinación espontánea de su géneo hácia la verdad abstracta; pero mucho más, en virtud de la sublime aparición de la verdad, bajo los rasgos del amor maternal, que logró conseguir gracias, á las perseverantes súplicas de Mónica.

Por lo mismo que el hogar es el primer laboratorio de las doctrinas, vemos confundirse á

cada paso la historia de estas con la historia de aquel. Cuando Byron exhalaba el último aliento en Missolonghi, el día de Pascua de 1822, en tanto que llegaban á sus oídos los acentos del pueblo griego que cantaba en las calles; *Cristo ha resucitado*, el poeta, en vez de pronunciar este nombre adorable, que habría endulzado su agonía desesperada, moría exclamando: «¡Mi hija, mi hermana!» objetos de un culto sagrado sin duda alguna; pero que si bien basta algunas veces para volver á Dios, no puede en manera alguna reemplazarlo.

Y si la religión de Teodoro Jouffroy lleva ese sello de desesperación que la convierte en una especie de propaganda religiosa, ¿á quién debe la gloria de sus recordamientos? El mismo, ¿es quien nos lo dice:

«Encontrábame bajo el techo en que habían discurrido los días de mi infancia, rodeado de las personas que con tanta ternura me habían educado, en presencia de los objetos que tanto me impresionaran, que tan hondamente me habían conmovido, que tan profundamente habían tocado mi inteligencia en los días más bellos de mi primera edad. Cada vez que llegaba á mis oídos, cada objeto que veía, cada uno de los sitios á que dirigía mis pasos, despertaba

ba en mí, recuerdos que juzgaba completamente extinguidos, que eran otras tantas impresiones desvanecidas de esa edad hermosa; al refugiarme en mi alma, esos recuerdos y esas impresiones no despertaban en mí el eco más ligero. Todo permanecía como ántes, ménos yo mismo! En la iglesia se celebraban todavía las festividades y se honraban los mismos santos misterios del mismo modo que ántes, al llegar la primavera bendecíanse los campos, los bosques y las fuentes como habia visto en mi edad primera, en la casa de mis padres se levantaba, en dia determinado, el altar guarnecido de flores y verdura como se hacia en mi infancia: el sacerdote que me inculcara las máximas de la fé, aun cuando habia envejecido, permanecía entre nosotros creyendo siempre, y cuanto yo amaba, cuanto me rodeaba, tenia el mismo corazón, el alma misma, idéntica esperanza en la fé. ¡Solo yo la habia perdido; solo yo estaba en el mundo sin saber cómo ni por qué: solo yo, sabiendo mucho, lo ignoraba todo: solo yo me sentia vacío, agitado, privado de luz, ciego, inquieto (1)."

(1) Nueva miscelánea, p. 193.

Esos recuerdos de infancia de Jouffroy combatian su incredulidad; mas, ¿cuántos son aquellos que junto á su cuna encuentran lecciones completamente contrarias! Cuando el vulgo ve á personas eminentes negando la religion, presume que proviene de que han hecho descubrimientos decisivos contra ella, siendo así que, por un punto general, consiste en que tuvieron un padre indigno del augusto sacerdocio que se le habia confiado. La fé nos viene ordinariamente como la sangre, por transmision genealógica; y puesto que, en general, la familia hace más bien á los incrédulos que estos se hacen á sí mismos, es excusado buscar á su incredulidad una autoridad distinta de la de las preocupaciones de la educación.

Sé que de la fé puede decirse otro tanto; mas de seguro que las razones no serán las mismas. La familia, al inculcar á los pequeños sus santas creencias, obedece á la voz de la naturaleza: la familia que enseña blasfemias procede contra ella. Ahora bien, cuando está de acuerdo con la naturaleza se impone á nuestro respeto, y cuanto es desnaturalizado merece y obtiene nuestra reprobacion.

La escuela, despues del hogar domestico, es el crisol más ordinario de las convicciones. Los

padres son discretos en su profesion de incredulidad en presencia de la familia, sea porque les contiene el pudor, sea porque temen las consecuencias que contra su propia felicidad podrian resultar. La escuela procede con ménos reserva: en primer lugar, porque no es madre; y despues, porque nada debe temer de la impiedad de sus discípulos. Conocido es el hecho de aquel famoso profesor de Veies que, cuando la ciudad estaba sitiada, so pretexto de llevar á paseo á sus discípulos, sacólos y los entregó al enemigo: pues bien, muchos son los profesores que han hecho traicion á la confianza de las familias, entregando á sus hijos al más cruel de los enemigos: el escepticismo!

El hombre no comienza á dudar ò á afirmar su incredulidad, cuando se encuentra en la edad madura, y bajo los esplendores de un cielo sere, no y en el apogeo de la razon, sinó que por el contrario y por punto general, forma semejante juicio en la escuela, entre los trece y diez y ocho años, cuando sus pasiones tienen toda la fuerza de la juventud y su espíritu todas las vacilaciones de la adolescencia. Despues de haber levantado sus negacion en el aire, vive sobre ese fundamento movable hasta el término de su carrera, y no es raro que llegado á la vejez continúe

negando, basado en su exámen de colegial. Así se explica que bajo pretexto de progreso muchos incrédulos entreguen su espíritu á preocupaciones juveniles, es decir á *prioris* completamente gratuitos, de tal manera que el cristianismo será siempre condenado en su tribunal, sin que en tiempo alguno se le haya escuchado.

Si se suprimieran en nuestro país todas las incredulidades que han nacido en el liceo, en el colegio de Francia, en Saint Cyr, en la Escuela Normal, en la Politécnica, en la de Minas, y en otros establecimientos del propio género, seriamos casi un pueblo de verdaderos creyentes. A caso habria más crueldad que necesidad, en enumerar todas las víctimas á quienes la Universidad arrebató su fé, sin proporcionarles en cambio, la moralidad necesaria para llenar el vacío que resultaba en su corazón.

Téngase en cuenta que esta influencia no es exclusivamente propia de nuestro suelo. Así como los hombres llegan al cristianismo por la enseñanza, también por medio de la enseñanza dejan de ser cristianos. Cuando Silvio Pellico escribió estas hermosas palabras: «Estudí y ví que un católico puede como el gran Voltaire, rezar humildemente su rosario, sin que por esto deje de ser una inteligencia elevada, prespicaz y ro-

busta,» expresaba la profunda reaccion que debió experimentar su espíritu, contra las corrientes pseudo-científicas en que se vió á punto de zozobrar. Si -chiller llegó á perder un instante la ingénuu fé que su tierna madre la inculcara, cuando colocada entre él y su hermana Cristobalina les explicaba el Evangelio del día, y en los festivos les acompañaba á la Iglesia, proviene de que desde la aldea de Marbach pasó á la escuela llamada de Carlos, en Wurtemberg donde en cambio de la desgracia de dudar mucho, obtuvo la ventaja de aprender muy poco. ¡No bastó á Hegesippo Moreau el simple recuerdo de los padres que fueron sus maestros en el Seminario de Avon, para que concibiera estas palabras de arrepentimiento:

Un tiempo fué: mis lábios infantiles,
 Abriáanse gozosos para orar
 Y en los días más grandes de la Iglesia,
 Ante el Señor, hincadas las rodillas,
 Flores y preces le rendía al par.

Después de estos ejemplos y otros muchos que podríamos aducir, con tal que el hombre esté algo iniciado en los misterios del alma, comprenderá que es por demás difícil borrar comple-

tamente la huella de una primera educacion. Por lo demás, ofrece ménos dificultad el romper á los espíritus que el curarlos; el plantar un arbusto que el enderezar un árbol, y por esto le cuesta tanto á la religion el corregir los males que la escuela lleva á cabo con tan poco esfuerzo. En un principio habria bastado dirigir un solo argumento á ese jóven libertino encanagado en la duda, argumento expresado por las bellísimas palabras de Bossuet: «Limpia el templo de Dios, y penetrará nuevamente en él»; mas al presente para alcanzar idéntico resultado, para enderezar este cuerpo torcido, es indispensable la realizacion de prodigios de que Dios se muestra avaro, por lo mismo que son contados los mortales dignos de ellos.

Al salir el jóven de la escuela, halla en su camino nuevos medios que influyen para que la fé se debilite y en ocasiones acabe por extinguirse: me refiero á los clubs, á los casinos y á los salones. No en vano y repetidas veces hemos hablado de la influencia ejercida por las sociedades secretas sobre sus afiliados. El error ha tomado de la verdad sus catacumbas, porque en esta existencia subterránea encuentra un poder y un encanto fascinadores. No nos volveremos á ocupar en los funestos efectos de este alista-

miento; pero harémos notar, sin embargo, que la incredulidad debe contar muy poco en el poder que ejerce sobre las almas, cuando para asegurarse de ellas exige el juramento. La fé que está más segura de su derecho y de su imperio, solo exige del cristiano meras promesas y promesas tales que se reducen al *buen propósito*.

Las clubs, los casinos y los salones reúnen un público más numeroso que los cenáculos de la francmasonería, ejerciendo tambien una influencia de proselitismo á la cual son muy pocos los que pueden jactarse de escapar completamente. ¡Cuántos son los que no queriendo prestar crédito á los imponentes asertos de la Iglesia, son escépticos, sin mas fundamento que las palabras de un decidor ingenioso que goza gran prestigio en la sociedad de que forman parte!

Consiste esto en que las malas compañías no son ménos temibles para la fé, que para las buenas costumbres, y esas malas compañías encuéntrase confundidas con las buenas. Por lo demás la incredulidad, lo mismo que la fé, tienen un poder de comunicacion excesivamente rápido y se exhalan del alma que las encierra como perfume por demás penetrante. Así se explica que el contacto habitual con alma creyente baste para hacer inquebrantables nuestras creencias y

que las quejas y suspiros de un vecino escéptico, nos hagan partícipes de sus vacilaciones. ¡Dichoso aquel que sabe ponerse á cubierto de esas emanaciones contagiosas, y atender á su fé como á su salud, proporcionándola constantemente la temperatura apropiada á sus necesidades!

Segun una frase popular, los amigos se reúnen porque se parecen: lo contrario resulta á veces más exacto, puesto que, en el orden de las ideas religiosas sobre todo, los amigos acaban por parecerse á consecuencia de haberse reunido. Todo aquel que conoce debidamente los círculos literarios de París, sabe donde y de qué manera se ha formado, de dos siglos acá, la mayor parte de los incrédulos. Sí, de esas reducidas iglesias del libre pensamiento nacen tantos y tantos descreídos que dan vida á otros muchos; pero cuando puede apreciarse la ligereza habitual de ese comercio de inteligencias, se sabe cuál es el valor dogmático de las negaciones que resultan. De un manantial corrompido, no deben esperarse aguas puras.

«Dos cosas existen, dice el conde de Maistre, cuyo recuerdo difícilmente puede olvidarse, el

sol y los amigos. Convengo en ello; pero debiendo hacer constar además, que las amistades intelectuales dejan generalmente en nuestra vida una huella más profunda que las resultantes del afecto: de manera que si son muchas las gentes que piensan mal, no tanto depende de que haya muchas nubes que nos ocultan la verdad, como de la existencia de pocos hombres que guarden á sus pensamientos las consideraciones debidas puesto que, en la eleccion de sus amigos de la cabeza, no ponen el mismo cuidado que en la de sus amigos del corazon.

Hay sin embargo una sociedad más extendida que aquella en que pasa el hombre sus veladas, y es aquella en que discurre su existencia: me refiero á la gran familia nacional á que pertenece, y en la cual se empapa, sin darse cuenta de ello, en los principios de la fé, ó en las máximas del escepticismo.

Lo hemos dicho ya, el hombre no puede ser eternamente castigado por el crimen de haber nacido en una zona ó en un período histórico sin religion. Dios mide la responsabilidad que nos impone, segun los auxilios que nos presta; mas obligacion nuestra es examinar detenidamente, antes de prestar nuestra confianza á un corifeo

de la impiedad, si no cree por proceder de un lugar en el cual todo el mundo es incrédulo, más bien que por militar en su favor razones poderosas para ello.

El espíritu público es un receptáculo inmenso de vida intelectual, donde, sin darse cuenta de ello, se aspira el aroma de la fé ó el deletéreo miasma de la irreligion. Por ejemplo: desde el año 1792 hasta el famoso dia de Páscoa de 1802, la nacion francesa entera se entregó á la blasfemia, resintiéndose de ello, como no podia ménos de suceder, la generacion que fué educada en esa época impía. ¿Qué debemos deducir de semejante apostasia? Que los espíritus subyugados entónces momentáneamente por esa epidemia, dudaban porque estaban enfermos; pero no que los *incroyables* del Directorio, ó los energúmenos de la Convencion, tuviesen para dudar motivos más poderosos que la generacion siguiente. Si de Francia nos trasladamos á Alemania, nos causará verdadera estupefaccion el radicalismo audaz con que proceden en sus negaciones ciertas escuelas de allende el Rhin. ¿Qué prueba esa originalidad, iba á decir esa especialidad, tudesca? Que en su investigacion de lo abcluto, es capaz de extermarse hasta lo at-

surdo; pero no que el Dios imposible de ciertos soñadores alemanes, esté destinado á destruir al que reina sobre el mundo entero. Finalmente, si salvando la gran muralla, contemplo á los trescientos millones del súbdito del Celeste Imperio entregados á lo que se dice, á un escepticismo casi universal, ¿qué deduzco de esta anomalía? En manera alguna el que sean vanas las creencias de la humanidad, sino que es costumbre en los chinos el no creer, como lo es el oteñar su extraña coleta, y constituyen un pueblo en decadencia, pero no un centinela avanzado de la civilizacion del porvenir.

Tal es el poder de los medios sobre aquellos que á los mismos se hallan sometidos, potencia ciega que procede de la simple autoridad del ejemplo, es decir, de una moda servilmente seguida, y no de una conclusion lógicamente aceptada. Ahora bien, de que un incrédulo tenga un trato intelectual frecuente, capaz de pervertirle, ¿puede deducirse un solo argumento intrínseco en apoyo de su incredulidad? *Y tal es la razon, le dirémos valiéndonos de un célebre rasgo de ironía, de ser muda vuestra hija.*

Cuanto más se reflexiona, mayor sorpresa causa el considerar cuántos esfuerzos debe realizar el hombre en contra de su razon, para emanciparse de la fé.

CAPITULO VII.

DE LOS ESPIRITUS ABSOLUTOS QUE EXIGEN LA
DEMOSTRACION CIENTIFICA DE LA
VERDAD RELIGIOSA.

Cada orden de conocimientos tiene sus pruebas especiales. El médio más seguro para que todos los conocimientos bamboleen, consiste en establecer las unas por medio de razones que solo convengan á las otras, ó en exigir de estas las demostraciones propias de aquellas. Uno de los primeros, mejor aún, el primer geómetra del siglo décimo octavo, Eulero, habia ya entrevisto la tendencia que tiene la incredulidad á producir semejante confusion y en consecuencia establecia esta distincion luminosa: «Todas las verdades que se hallan al alcance de nuestro

conocimiento, se refieren á tres clases esencialmente distintas. La primera encierra la verdad de los sentidos; la segunda las verdades del entendimiento; la tercera las verdades de la fé. Cada una de estas tres clases reclama pruebas particulares para las verdades que á ellas pertenecen, y todos nuestros conocimientos derivan de alguna de dichas tres clases.

«Las pruebas de la primera se reducen á nuestros sentidos. por ejemplo, cuando puedo decir: *Esta cosa es verdad, puesto que lo he visto, ó me he convencido por vista de ojos.* De esta manera averiguo que el imán atrae al acero, puesto que la veo, y que la experiencia me la prueba indubitabilmente. Estas verdades llevan el nombre de *sensuales* (ó sensibles) y están fundadas en nuestros sentidos ó en la experiencia.

«Las pruebas de la segunda clase están encerradas el raciocinio, como cuando digo: *Esta cosa es cierta, puesto que puedo demostrarla por un raciocinio justo ó por medio de silogismos legítimos*..... Por este medio conocemos que los tres ángulos de un triángulo rectilíneo equivalen á dos ángulos rectos.... Estas verdades se llaman *intelectuales* y á ellas pertenecen todas las de la geometría y de las demás ciencias, en

tanto que se está en disposición de probarlas por medio de demostraciones.

«Paso á la tercera clase de verdades, es decir á las de la fé, verdades que creemos, porque nos las refieren personas que nos merecen completo crédito, y en cuyo caso podemos decir: *Esta cosa es verdad, puesto que me la han asegurado dos ó tres personas dignas de crédito.* A esta clase pertenecen, pues, las verdades *históricas*.. V. A. cree sin la menor duda, que en otro tiempo existió un rey de Macedonia llamado Alejandro Magno, que se hizo dueño de la Persia, áun cuando jamás lo ha visto, ni pueda demostrar geoméricamente que dicho hombre haya existido en la tierra. Nosotros lo creemos atentos á la narracion de los escritores de historia, y no ponemos un momento en duda su fidelidad. Pero ¿no está en lo posible el que todos esos autores se hayan puesto de acuerdo para engañarnos? Estamos en lo cierto al rechazar semejante objecion y estamos además tan convencidos de la verdad de estos hechos, por lo ménos de una parte de los mismos, como de las verdades de la primera y de la segunda clase.

«Es menester, pues, que las verdades de cada una de esas tres clases se contenten con las pruebas que convienen á su naturaleza y sería

ridículo exigir una demostracion geométrica para las verdades de experiencia ó históricas. Los *esprits forts*, y los que abusan de su penetracion en las verdades intelectuales, padecen ordinariamente el defecto de pretender demostraciones geométricas para convencerse de todas las verdades religiosas, que, en su mayor número, pertenecan á la tercera clase (1)»

Resulta de lo dicho, que si la comprension arguye fuerza de juicio, el deseo de explicárse-lo todo demuestra debilidad. Pedir que la religion se reduzca á un teorema matemático, es una exigencia que, áun cuando sin razon, se califique de científica, tiene en realidad muy poco de razonable. Desgraciadamente la ciencia contemporánea es una potencia ambiciosa que no reconoce límites á su dominio, y hace de la religion un conjunto de sus diversas categorías, excluyéndolo del número de las certezas. «Y sin embargo, el saber que existen cosas, que nosotros no podemos saber, constituye un conocimiento tan precioso como seguro. No puede prestarse á la ciencia mejor servicio que la exacta determinacion de sus límites (2).

(1) Certes á una princesa de Alemania.

(2) D. Chalmers,

Y todavía se comprenderían tan descabelladas pretensiones, si la ciencia estuviese completamente formada; mas ¿qué derecho tiene para sublevarse contra nuestros misterios, cuando sus luces actuales suceden á los misterios de la víspera, así como sus misterios de hoy han de ser las luces de mañana?

En el seno de una existencia que rodean completamente las sombras naturales, no hay para qué sorprenderse de que la fé nos imponga las suyas. Cuando los dogmas impenetrables no fuesen más que la expresion de la ley que sienta que el Océano de la verdad carece de límites, y que aun avanzando siempre jamás nos será dado tocar á la orilla, ¿no se trocarían en creencia racional los dogmas supra-racionales?

¿De dónde procede, pues, esta inflexibilidad lógica que no quiere suscribir más que á lo que se halla geoméricamente demostrado? De una falta de inteligencia, ó de una estrechez de juicio. Existe la demostracion intrínseca consistente en hacer que se ponga de relieve la evidencia de las cosas. Existe tambien la demostracion extrínseca que consiste en establecer su certeza: esta demostracion indirecta basta para fijar el asentimiento de la razon, y esto nos explica por qué los misterios cristianos, por más que sean

incomprensibles, son ménos violentos al espíritu, que la negacion sistemática de sus pruebas. Cier to que son verdades ocultas; mas nada importa que una verdad sea invisible, con tal que sea cierta.

El último testimonio de la razon, dice Pascal, consiste en reconocer que hay una infinidad de cosas superiores á la razon. Esta consecuencia final, por medio de la cual la filosofia va á completarse, mas bien que á perderse en la fé, es siempre de difícil deduccion, y no obstante todavía es más difícil hurtarse á su necesidad.

Puede decirse que la fé en lo incomprendible, forma parte, en cierto modo, del verdadero espíritu científico; en primer lugar, porque siempre habrá para la ciencia misterios de hecho, aun en el terreno sometido á sus exploraciones, y despues y principalmente, porque es indispensable que existan para ella misterios de fé, es decir, un punto más allá del cual debe renunciar á ver, porque en él termina su imperio y comienza otro.

«Los límites del mundo finito son los de la ciencia humana: no hay nadie capaz de decir hasta donde puede esta extenderse dentro de tan vastos límites; pero lo que sí se puede y debe afirmar, es la imposibilidad absoluta de tras-

pasarlos. Solo el mundo finito se halla á su alcance y es el único que puede medir. Solo los hechos del mundo finito están al alcance de sus miradas, solo estos hechos son los que puede abarcar en todo su extension, bajo todas sus formas, y reconocer sus relaciones y sus leyes, que son tambien hechos, y comprobar por consiguiente el sistema de los mismos. En esto consiste el trabajo y el método científico, y las ciencias humanas constituyen el resultado.

«Ya se comprenderá que al hablar del mundo finito, no me refero exclusivamente al mundo material. En efecto, existen igualmente hechos morales que caen bajo el dominio de la observacion y entran por consiguiente en el de la ciencia. El estudio del hombre en su estado actual, personas y naciones, es igualmente un estudio científico sometido al mismo método que el estudio del mundo material, y que puede tambien poner de manifiesto cuáles son en el orden actual de este mundo, las leyes de los hechos á los cuales se aplica.

«Mas si los límites del mundo finito son los de la ciencia humana, no son en manera alguna los del alma humana. El hombre lleva en sí mismo nociones y ambiciones que se extienden más allá y se elevan sobre el nivel del mundo finito,

que son las nociones y las ambiciones de lo infinito, de lo ideal, de lo completo, de lo perfecto, de lo inmutable, de lo eterno. Esas nociones y esas ambiciones son hechos reconocidos por el espíritu del hombre, pero al reconocerlos, se detiene, pues le hacen sentir, ó para hablar más propiamente, le revelan un nuevo orden de cosas distintas de los hechos y de las leyes del mundo finito que observa. Mas así como el hombre tiene el instinto y la perspectiva de este orden superior, no tiene ni puede tener la ciencia: el que su alma entrevea lo infinito y aspire á alcanzarlo, constituye la sublimidad de la naturaleza; mas, en cambio, es el rasgo característico de su condicion actual, el que la ciencia se encierre en el mundo finito en que vive (1).»

De manera, que el misterio es la ley de la ciencia, porque es su límite lógico, por lo mismo que el dominio de la ciencia llega á lo finito, y el misterio pertenece á la religion de lo infinito. Ahora bien, nada más científico por parte de la razon que renunciar á medir lo inconmensurable.

Pero así como lo que nosotros ignoramos en

(1) Gaillet.

el órden científico, podemos extenderlo por medio de nuestras investigaciones, lo que ignoramos en el órden sobrenatural, siquiera reducible por el trabajo del hombre y por la gracia de Dios, es completamente impenetrable. Y sin embargo, debemos conformarnos con ello, porque el supremo esfuerzo de la ciencia estriba en conocer cuáles son las cosas que no le competen sin dar ménos garantías á su razon.

¿No causa lástima ver á unos mismos hombres despreciando los misterios de la religion y adorando los de la ciencia?

Y sin embargo, el misterio es la ley de esta como de aquella. Toda religion positiva es una manifestacion de Dios á la inteligencia humana, y en esta manifestacion, mejor aún que en la inmensidad de los cielos y en la del mar, hay algo que se halla fuera de los límites de nuestro horizonte, por lo mismo que no ocupamos la altura indispensable para distinguirlo. En nuestra economía religiosa, la porcion de lo divino que abarca el ojo esta revelacion, lo que se le escapa es el misterio. Solo una inteligencia inmensa, como la de Dios, es capaz de reflejarlo completamente. Por esto el Verbo y el Espíritu Santo, que son la repeticion adecuada de su inmensidad, son los únicos para quienes el misterio no

existe; mas, excepcion hecha de las tres personas divinas, los hay para todos los seres, segun el grado gerárquico que ocupan debajo de la Trinidad.

De esta suerte, lo incomprendible es, en materia de fé, una necesidad de nuestra condicion; eu manera alguna una poesia supersticiosa de las revelaciones. Impedir que Dios tenga secretos para el hombre, es erigir en principio que el espíritu del hombre debe estar hecho á la misma medida que el de Dios, lo cual implica la blasfemia y el absurdo, so pretexto de rigor científico.

¿No es además el misterio una ley de la razon por lo mismo que la traspasa? Sí, porque nada tiene de imposible, ni de contradictorio, ni de incomprendible, que se crea sin que exista razon alguna para crear, ni está opuesto en manera alguna á la razon: es una verdad percibida, siquiera no comprendida por la razon, y percibida de una manera perfectamente conforme con los procedimientos racionales. En efecto, el espíritu humano, segun en otro lugar dejamos consignado, recibe por dos conductos las verdades á las cuales se adhiere: directamente, es decir, en su evidencia inmediata, ó indirectamente

te, esto es, según el testimonio que las garantiza.

¡Cuántas creencias hay en nuestro espíritu que no tienen otra base que un testimonio digno de fe! ¿o ventura no merece tanto crédito la Iglesia respecto de las verdades sobrenaturales cuya custodia le está confiada, como el historiador, relativamente á los hechos pasados; el geógrafo, con relación á las países lejanos; el astrónomo, sobre el mundo sideral; y todos los demás testigos oculares, sobre una porción de verdades que admitimos con completa confianza? Lo esencial para creer, no tanto estriba en haber visto por sí mismo, como en tener la seguridad de que el hombre no está inducido á error. Ciertamente que la razón tiene derecho á pruebas de parte de la fe; mas la razón tiene también el deber de someterse á la fe cuando esta le ha dado sus pruebas.

Al presente se habla mucho de la experiencia como única certeza. «No se olvide, dice San Anselmo, que la fe ocupa en las cosas religiosas, el mismo rango que la experiencia en las cosas naturales (1).» Así como el observador propor-

(1) De fide Verbalis, cap. 20

ciona á la razón científica la primera materia sobre la cual se ejercita, de la propia suerte la fe nos revela los hechos divinos que la razón clasifica y sobre los cuales descansan sus teorías, y de esta suerte la razón se encuentra hasta en su adhesión á los misterios, porque tiene la comprobación necesaria antes de admitirlos.

¿Tenemos para qué ocuparnos en probar que el misterio es también ley del mundo? No, porque al lado, ó mejor, debajo de los misterios de Dios, existen los relativos al hombre y á la creación, que son y serán siempre impenetrables para la ciencia materialista.

“La naturaleza íntima de los seres, dice Laplace, será eternamente desconocida para nosotros: la naturaleza de las fuerzas es y será siempre un misterio.” Hé ahí pues al misterio encima de nuestras cabezas y debajo de nuestros pies. Lo llevamos en nuestra alma; lo llevamos en nuestro organismo, y cuando el mundo entero no es más que un gran misterio lanzado en medio de una inmensidad que es también en sí misma un misterio poblado de misterios innumerables, ¿podemos pretender que la religión, que es Dios hablando y obrando en la humanidad, se ofrezca á nuestras miradas sin el velo más tenue que puede imaginarse? Por lo que á

nosotros toca, sorpréndenos la existencia de esas nubes; pero más nos prendería el que no existirían.

Si fuese posible negar la admisión de lo incomprendible, bajo pretexto de progreso intelectual, se explicaría semejante empeño, mas qué hemos de hacerle cuando es su ley imprescindible. Filósofos hay que hacen un cargo al catolicismo por su inmovilidad diez y ocho veces secular, sin perjuicio de echarle en cara al propio tiempo la invención continua de nuevos dogmas; mas á esos filósofos les ha probado Vicente de Lérins, que es precisamente todo lo contrario lo que sucede, pues lo que en realidad se verifica es, no un cambio, sino una expansión, una evolución de las creencias primitivas, que forma una sublime conciliación de la inmutabilidad divina, con la marcha ascendente del hombre, y que constituye el misterio que concierne estos dos estados en apariencia contradictorios.

Cierto que la esencia del misterio escapa á nuestra inteligencia; mas parece que podría representarse por medio de una pirámide en cúspide solo Dios vé y mora, y que está formada por diferentes pisos más ó ménos iluminados. El espíritu humano pueda remontarse libremente

con el auxilio de sus alas á esas diferentes regiones esplendentes de luz; mas á pesar de sus esfuerzos jamás le será dado alcanzar á la cumbre sin que esto sea obstáculo para que incesantemente pueda ascender en esta dirección. Lo incomprendible de la fé subsistirá siempre: la parte no comprendida disminuirá sin cesar.

A más de que, este incomprendible ¿no es porventura la ley de la naturaleza humana? «El hombre es el mismo en la esfera del pensamiento que en la de la acción; aspira á mayor altura de la que le cabe alcanzar: es su naturaleza y su gloria, y si renunciaba á ello pronunciaría su propia caída. Mas es menester que sin abdicar, se conozca: conviene que sepa que su fuerza en la tierra, es infinitamente inferior á su ambición, y que no le es dado conocer el mundo de lo infinito y de lo ideal en pos del cual se lanza. Los hechos y los problemas que en él se le ofrecen, son tales, que los métodos y las leyes que dirigen el espíritu humano en el estudio del mundo finito no tienen en él aplicación. Lo infinito es para nosotros objeto de creencia, no de ciencia, ni podemos rechazarlo, ni nos es posible aprehenderlo.

«Muchas veces, y por cierto con mayor habilidad que el presente, la escuela positivista ha pronunciado sentencia de proscripción, contra la metafísica que propone los problemas de lo infinito. Pero esta sentencia no la acepta ni la aceptará jamás el espíritu humano... El hombre cree natural y espontáneamente en estos problemas, sin que le sea dado abarcarlos ni medirlos, sin que pueda desconocerlos ni conocerlos, ni adquirir la ciencia, ni privarse de tener fé en ellos (1).»

Añadamos que haciendo tabla rasa de la metafísica como un sistema de hipótesis, la ciencia experimental cae en flagrante contradicción. ¿Háanse suprimido las hipótesis metafísicas en virtud de la hipótesis positivista? ¿Con qué razón? ¿Existe ciencia alguna que haya recibido de la experiencia una consagración más auténtica que esta, por lo mismo que es una necesidad invencible y permanente de la humanidad? El sistema de observación exclusivamente físico cuenta muy pocos años; la metafísica es tan antigua como el mundo. Para que la primera lle-

(1) Guizot, Meditaciones.

gue á ser tan experimental como la segunda, es menester que transcurra mucho tiempo.

Finalmente ¿no es también el misterio con secuencia necesaria de la naturaleza de Dios? Si, la inteligencia infinita debe saber cosas que el hombre no podría descubrir. Si nosotros reconocemos en los sabios el derecho de enseñarnos teoremas que el vulgo de las gentes no comprenderá jamás, ¿quién será osado á negar al Maestro supremo, el derecho de exigir nuestro asentimiento á las conclusiones que nos certifica en el mero hecho de proponérselas?

Si hay en filosofía [axioma alguno unánimemente aceptado, es el que establece que Dios no es totalmente comprensible. Los principales misterios del cristianismo sobre la Trinidad, sobre la Encarnación, sobre la Redención, no son más que la expresión particular de este dato general. ¿Por qué motivo la misma idea adoptada por el racionalismo bajo forma filosófica, es por él rechazada cuando se le presenta por la revelación? Difícil le es á la razón sublevarse sin contradecirse.

En resolución, por más que el hombre se esfuerce, solo logrará descubrir fenómenos en la tierra, la substancia de las cosas jamás consigui-

rá conocerlas. La ambición intelectual que pretende explicarlo todo, no es más que el orgullo de una debilidad que no se conoce (1).

(1) Para complemento del presente capítulo véase la primera parte del cap. 2.º tomo I.

CAPÍTULO IX.

DE LA VERSATILIDAD RESULTANTE DE INTERMITENCIAS EN LA DUDA.

«El espíritu de los hombres más grandes del mundo no es independiente hasta tal punto, que no se halle sujeto á verse turbado por el rumor más insignificante: no os cause sorpresa que al presente razone mal: es que una mosca zumba junto á su oído (1).

Tales son, según Pascal, las vicisitudes de la inteligencia aplicada á las cosas sensibles. Calcúlese despues de esto cuáles deben ser sus va-

(1) Pensamientos.